



CATEDRAL DE PUEBLA.

182

Una de las más bellas creaciones arquitectónicas de que puede ufanarse la República, es la actual Basílica ó Catedral de la Ciudad Angélica. La fama de este monumento atrae infinidad de viajeros, que no se cansan de admirarlo, juzgándolo algunos tan bello, que lo comparan con la Basílica de México. Fué el fundador de esta iglesia, el célebre Fr. Julián Garcés, obispo de Tlaxcala y primer obispo de Puebla, aquel venerable prelado que en sueños vió á los ángeles hacer la medición y el trazado de las calles de la Ciudad, de donde tomó ésta el nombre que lleva.

Favorecida siempre de los espíritus celestes, vinieron también los ángeles, según cuenta la tradición, á levantar las torres esbeltas de la Catedral, que el pueblo encontraba todas las mañanas, al despertar, muchos palmas por encima de lo que había quedado la noche anterior. Aparte las leyendas, lo cierto es que fué el mismo Emperador Carlos V quien obtuvo y mandó las bulas autorizando la erección de la Catedral

poblana. Los planos fueron concebidos en tiempo de Felipe II, y son creaciones nada menos que del afamado arquitecto Herrera, el constructor del Escorial. Si no al mundo, también asombra á los que visitan la bella Catedral de Puebla, en cuyos atrevidos rasgos se advierte el genio de aquel arquitecto, cuya cualidad esencial fué el "atrevido derroche de espacio, el proceder por grandes masas y el edificar en vasta escala." Es de piedra, de hermosa cantería grisácea, la fábrica toda de la Catedral. Muchos años tardaron en concluirla, maguer los ángeles, no celebrándose su inauguración solemne sino hasta 1641, bajo el gobierno episcopal del preclaro obispo y virrey Don Juan de Palafox y Mendoza. No quedó entonces enteramente terminada la obra, sobre todo en el interior, pues todavía á fines del siglo XVIII, el genial arquitecto Tolsa comenzó y daba comienzo al bellissimo "Ciprés," y lo terminaba el distinguido artista Don José Manso. Famosas manos, pues, han colaborado en esta obra.

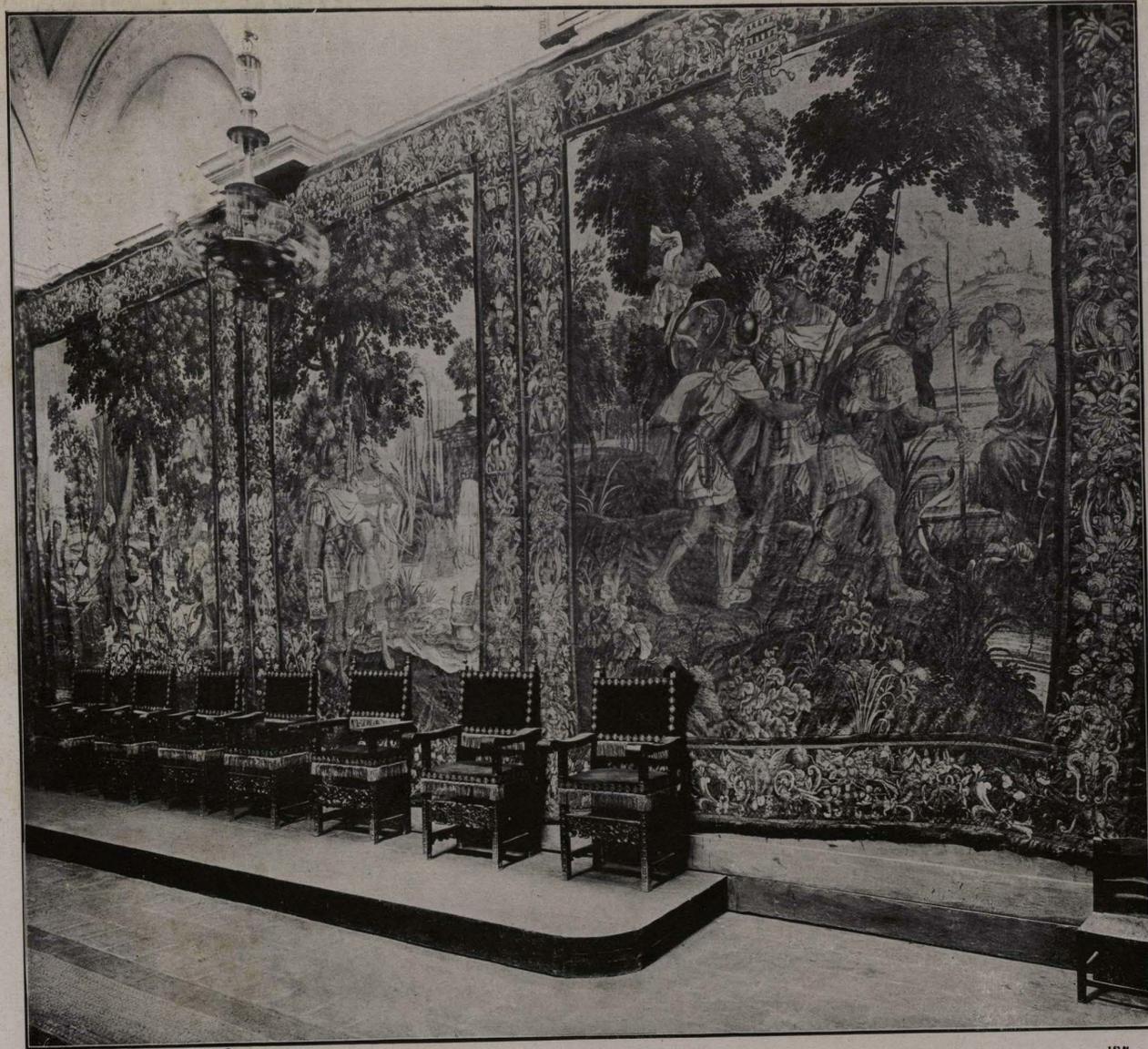


CATEDRAL DE PUEBLA. (CIPRÉS).

183

La joya más preciada que encierra bajo sus anchas naves, henchidas de tesoros, la preciosísima basílica angelopolitana, es acaso el admirable altar mayor generalmente denominado Ciprés. El arte exquisito que resplandece en casi todos los detalles arquitectónicos, pictóricos y escultóricos de la Catedral, llegó á su mayor excelencia en este altar magnífico. Está compuesto de columnas, dispuestas en planta circular, coronadas por un soberbio friso interrumpido en los cuatro segmentos por *volutas* de metal bruñido. Remata el friso y las columnas elegante cúpula, sobre cuya clave se destaca, arrogante y majestuosa, la estatua de San Pedro. Las columnas de que se compone el altar, son de preciosísimos tecalis, y están magistralmente pulidas y doradas á fuego en las estrías, por el afamado artista Patiño Ixtolinque. Obra del mismo escultor son las preciosas estatuas de doctores de la Iglesia que adornan el altar de trécho en trécho. Descansa todo el Ciprés sobre una elevada plataforma, revestida también de

tecalis, por cima de la cual aparece imponente y en toda su grandeza el altar. Las columnas, á más de hermosas, son de gran altura y lucen preciosos capiteles. Lo culminante es, sin duda, la magnífica estatua de la Purísima, que ocupa el centro del altar. Está hecha de bronce esta figura y es una verdadera presea del arte escultórico, que pocas veces ha producido joya tan acabada. El rostro de la virgen es de gran hermosura, pero más tiene aún el elegante é inimitable diseño del cuerpo, donde se admiran sin cansarse el modelado de los paños, el movimiento general que anima á la figura y la majestad de que se halla revestida, digna sólo de la reina de los cielos. Tan magnífica obra de arte tenía que ser creación de gran artista: así es, en efecto, pues la concibió el genial Tolsa. La dirección general del altar pertenece al renombrado artista poblano Don José Manso, y al mencionado Patiño Ixtolinque, la ejecución de numerosos detalles.

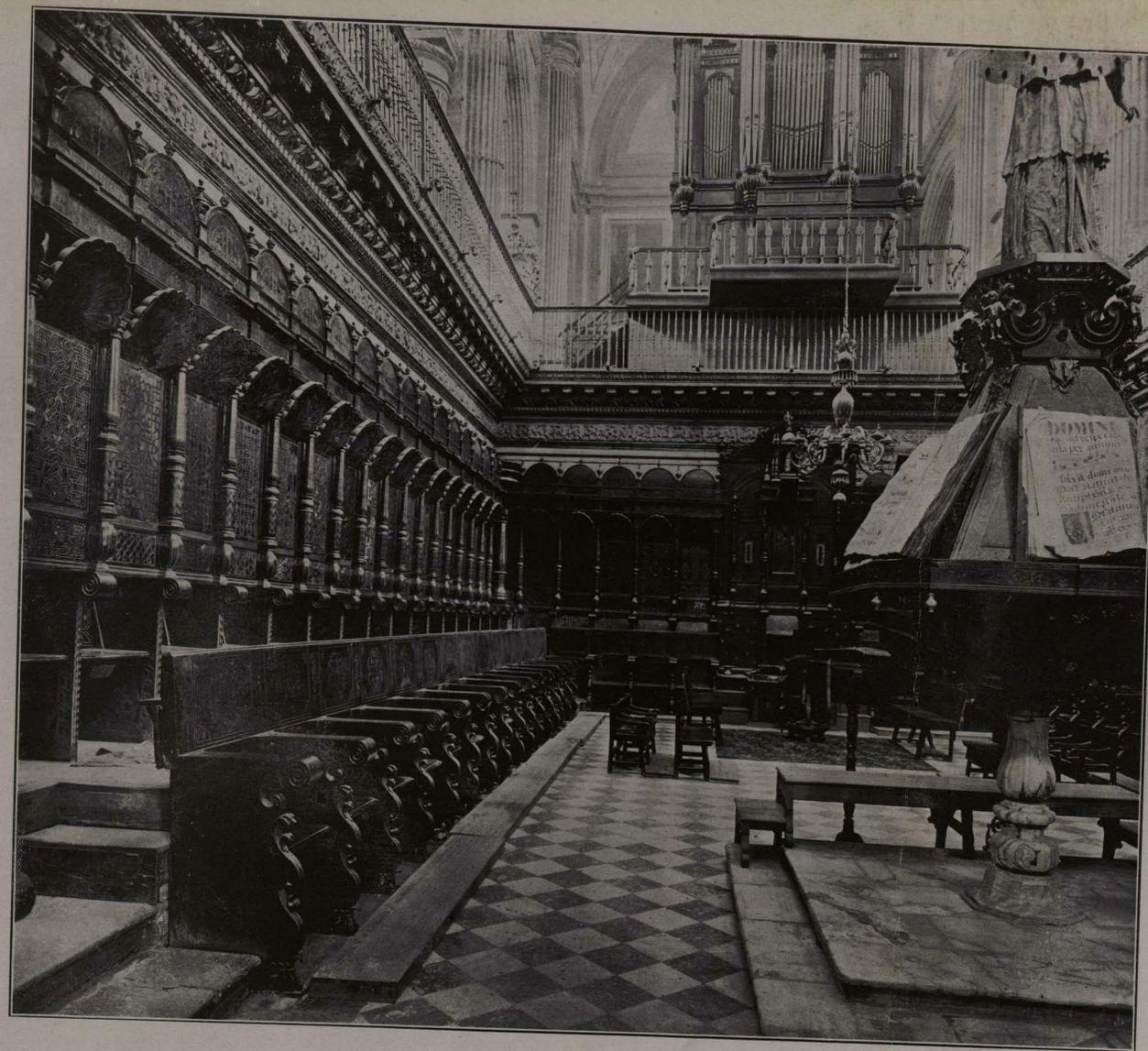


GÓBELINOS DE LA CATEDRAL DE PUEBLA.

• 184 •

La puertecilla que conduce á la sacristía de la Catedral angelopolitana, veda el paso discretamente á cierta parte del público. Y sin embargo, bien vale la pena de penetrar allí. . . . Primero se encuentra una vasta sala decorada por grandes frescos de vivos colores. Son obra del conocido artista Magón. Representan los atributos y alegorías de la Iglesia; el principal de ellos es reproducción del célebre cuadro de Rubens, llamado el triunfo de la Eucaristía. Existe también en esta sala, casi oculta en un pequeño marco, una Madonna que hechiza los ojos del artista, por la dulzura de la expresión, suavidad del colorido, acabado del dibujo y firmeza de la ejecución. . . . Es encantadora! En la inmediata habitación se encuentran los famosos gobelinos que el emperador Carlos V regaló á la Catedral de Puebla. ¡A fe que son regalo de monarca! Media docena de tapices, de gran tamaño, que visten los muros del aposento en que se encuentran. No puede menos de admirarse

la firmeza con que se conservan los colores de la seda y la destreza y perfección del dibujo. El matiz dominante en esta colección es el verde apagado. Los dibujos representan, en su mayor parte, escenas mitológicas. Ya se ve el carro del Sol, entre nubes orladas de fuego; ya Faetonte, desplomado en castigo de su audacia; ya la rubia aurora asomando por Oriente; ya, por fin, la bella Circe acogiendo en sus playas al astuto Odiseo. Uno de los gobelinos que más llaman la atención, es el que representa gallarda pareja descendiendo los marmóreos peldaños de una escalinata, cerca de la cual un pavo real despliega el deslumbramiento de su cola. Todavía más notables que estos gobelinos, por la viveza de la seda, son los que se encuentran en el Palacio Episcopal. Representan escenas bucólicas, impregnadas de exquisita naturalidad y realismo. La seda en ellos ha conservado toda su luminosa opulencia, á pesar de los siglos. . . .



CORO DE LA CATEDRAL DE PUEBLA.

• 185 •

Ya se la contemple desde el exterior, ya se absorba el viajero en la contemplación de sus tesoros interiores, mientras más se la conoce, más se asombra uno de las bellezas que encierra la Catedral de Puebla. No todos tienen la satisfacción de conocer el coro de esta librería á los venerables canónigos, durante solemnes ceremonias. Y sin embargo, es muy digna de admirarse esta porción escondida del templo. Penétrese por bien talladas portezuelas de perfumado cedro, conservador perenne de su aristocrático perfume. . . . La discreta penumbra que reina en aquel sitio, impide por de pronto darse cuenta exacta de los objetos. Pero gracias á la luz que se filtra por la cúpula, poco á poco se van advirtiendo filigranas y prodigios. Allá enfrente, en el altar mayor, resplandecen las majestuosas *réligas* del friso. Sobre la testa de la estatua de San

Pedro, que corona ese altar, aciértase á descubrir desde aquí la misteriosa cruz de oro empotrada en la clave del arco. Muchos habitantes de la misma Puebla, no tienen noticia de esta cruz. . . . Y dirigiendo la vista en derredor, no es posible contener el asombro. Exquisita sillería atrae y fascina la mirada. Aquella sillería es un primor de talla y tarabano, se confundieron para formar esos arrogantes respaldos y brazos de sillón; y el mar- admiramos el prodigioso atril que sostiene misales enormes, donde hábiles miniaturistas dejaron encantadoras acuarelas. . . . Hay que ver la serie valiosísima de conchas de mar-talla. . . . Y la figura de San Pedro, hecha de ricos márfiles. . . .



Asentada en bellísimo valle, cuya fertilidad y belleza son proverbiales desde los años remotos de principios del siglo XVI, el histórico valle de Coixtlatoapan, donde Fray Toribio de Benavente hizo el trazo de la ciudad el año de 1531, la hermosísima capital del Estado de Puebla, antigua metrópoli de la vasta provincia del mismo nombre, y hoy ciudad de Zaragoza, se ofrece con nuevo esplendor, próspera y desarrollada, á las miradas del viajero que detiene sus ojos sobre su magnífico panorama. ¡Pocos cuadros comparables á éste!

Un valle risueño y feraz, regado por las corrientes que se desprenden de grandes macizos montañosos inmediatos; al Occidente, las nevadas frentes de los volcanes, gigantes de piedra que parecen velar el reposo de la reina de la comarca; al Norte, la arrogante mole de la Malintzi coronada de ceñudos peñascos; y, asomando en la distancia, al fondo de los inmensos llanos

que se extienden al Levante, el perfil del Pico de Orizaba, recortando su orgullosa crestería. Ninguna ciudad puede presentar cuadro á éste semejante; ninguna ostenta cuatro colosos, los mayores del país, cerrando su horizonte como con broches de inviolada plata.

La ciudad de los Angeles se reclina en medio de tan maravilloso panorama. Asientase al pie de dos colinas basálticas, de posición dominante é inaccesible. Son las afamadas colinas de Loreto y Guadalupe, sobre las que flotan ráfagas gloriosas, evocadoras de inmortales triunfos.

Hacia Occidente, á la orilla de la población, levántase también, en suaves ondulaciones, la histórica loma de San Juan, memorable en los fastos militares de México.

De su hoy destruida fortaleza surgieron los denodados guerreros que consumaron el asalto del 2 de Abril de 1867.

VISTA PANORÁMICA DE LA CIUDAD DE PUEBLA.

Sumamente pintoresco es el aspecto de la ciudad de Zaragoza, contemplado desde Occidente. A los primeros rayos del sol relucen á la distancia los azulejos de las cúpulas, pintase de colores alegres el caserío, sobresalen por todas partes las esbeltas torres de las iglesias. Descollando entre las más altas, la gallarda iglesia de San Francisco atrae irresistiblemente la mirada, y, hacia el centro de la población, las dos esbeltas y majestuosas torres de la basílica angelopolitana, sello peculiar é inconfundible de la fisonomía de Puebla, dominan el cuadro desde su imponente altura. Las calles son anchas, perfectamente delineadas, cortadas perpendicularmente.

Guarnécenlas buenos y fuertes edificios de sólida construcción, hechos en su mayoría de la hermosa grisácea cantería que da el tinte característico de la ciudad. La mayor parte de los edificios son construcciones de dos pisos, y por doquier se elevan grandes y armoniosos palacios, de

suntuosas fachadas, alegres patios y anchos corredores adornados de tiestos y emparrados. Al fondo de la ciudad, y como protegiéndola, se elevan las dos históricas colinas donde brilló el sol de la Patria con esplendor indeficiente el 5 de Mayo de 1862. Vista la población al anochecer, desde lo alto de estos fuertes, cuando el disco del rey de los astros acaba de ocultarse tras las gigantescas moles de los volcanes, pintando en el cielo maravillosos varillajes de llamas, el panorama de Puebla es feérico. Enciéñense de pronto sus largos hilos de luz eléctrica, cual si un mágico puñado de luciérnagas hubiese aparecido en la sombra del apacible valle. Sólo que aquel reguero de luces son la revelación de la vasta actividad de una gran población moderna, que, cesadas las labores del día, abre sus teatros y casinos y se entrega á las distracciones del gran mundo.